

El pez en el agua (1993)

La dictadura de la indiferencia

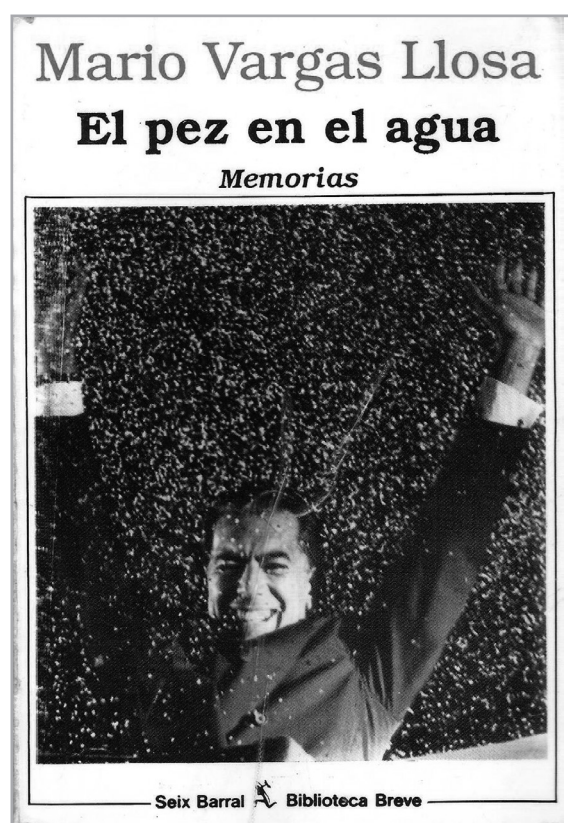
César Nieri

El Perú no es un país, sino varios, conviviendo en la desconfianza y la ignorancia recíprocas, en el resentimiento y el prejuicio, en un torbellino de violencias. De violencias en plural: la del terror político y la del narcotráfico; la de la delincuencia común, que, con el empobrecimiento y el desplome de la limitada legalidad estaba barbarizando cada vez más la vida diaria, y, desde luego, la llamada violencia estructural: la discriminación, la falta de oportunidades, el desempleo y los salarios de hambre de vastos sectores de la población.

Empiezo a escribir estas líneas a las once de la noche del domingo 10 de abril del 2011. Doy un vistazo al dedo medio de mi mano derecha y la mancha de tinta púrpura ya casi ha desaparecido. Una absurda medida, como si en este país alguien tuviera fuerzas o estómago para votar dos veces. Tengo 27 años y he participado hasta ahora en dos elecciones presidenciales. Ninguno de mis candidatos ha llegado a la segunda vuelta y ya en una ocasión me ha tocado elegir al —tan de moda— “mal menor”. Esta vez no será distinto, tendré que decidir entre Ollanta Humala, bajo la sospecha de que emulará el modelo de Chávez e inaugurará una nueva etapa de retroceso para el país, o Keiko Fujimori, no solo hija de la *cabeza visible* de uno de los gobiernos más corruptos y antidemocráticos de nuestra golpeada historia, sino también una candidata que no oculta su aprobación por las prácticas de su padre. Vargas Llosa, en polémica declaración, como suele ser cada vez que comenta sobre política, ha manifestado, como ya lo había hecho en elecciones pasadas, que los peruanos deberemos elegir entre el sida y el cáncer. No sé si es la metáfora más apropiada para quienes no tenemos la opción de mudarnos de país como quien cambia de foco.

Durante la campaña presidencial estuve leyendo *El pez en el agua*, un libro en el que siempre quise sumergirme de lleno y que no

defraudó ninguna de mis expectativas. Antes que nada, me interesaba comprender qué llevó a un escritor de la talla y prestigio de Vargas Llosa a incursionar en un ejercicio tan contaminado como la política. Fue grato comprender, como él mismo lo admite, que esa candidatura se explica:



Por una razón moral. Porque las circunstancias me pusieron en una situación de liderazgo en un momento crítico de la vida de mi país. Porque me pareció que se presentaba la oportunidad de hacer, con el apoyo de una mayoría, las reformas liberales que, desde comienzos de los años setenta, yo defendía en artículos y polémicas como necesarias para salvar al Perú.

Aunque debo confesar que la sorpresa más grata que me brindó este libro fue el goce que me despertaron los capítulos dedicados a relatar las principales vivencias de su niñez, adolescencia, juventud e inicios como escritor, *El pez en el agua* es, para mí, un enfrentamiento entre lo mejor de Vargas Llosa, su pasión por la literatura y su talento para este oficio, en el que se mueve como pez en el agua, y uno de sus rasgos menos afortunados: esa vehemencia política que a veces pareciera nublar la lucidez que exhibe en sus novelas.

No podemos culpar a Mario Vargas Llosa, sin embargo, pues su preocupación por el quehacer político no es más que una extensión de su personalidad curiosa y ese infinito apetito de conocimiento que ha caracterizado su vida y lo empujó también a la lectura de las obras fundamentales de la literatura universal. No podemos culparlo tampoco por ese indoblegable afán por afrontar con coraje la lucha contra las dictaduras porque, a través de este libro, conocemos un poco más del autor y comprendemos que sus primeros años transcurrieron dentro de lo que podríamos denominar una democracia del cariño. Ese amor, representado a través de la confianza y

el sentido de libertad que le otorgó su familia materna, los Llosa. Una democracia del afecto que se quebró luego del difícil reencuentro con su padre. Esa figura ausente, idealizada tanto tiempo como parte del mecanismo de la imaginación, se desfigura hasta convertirse en lo que representará siempre: la primera presencia dictatorial que el escritor enfrenta en su vida. Vargas Llosa tuvo que aprender a convivir con el autoritarismo y la intolerancia como parte de la rutina diaria y dentro de su propia casa. Lo que debe ser un refugio de amor para el ser humano, su hogar, se había convertido en una prisión; la literatura, desde entonces, tomó el papel de refugio.

Estas páginas envuelven una segunda dicotomía. Por un lado presentan un valor emotivo muy valioso, acercándonos a las etapas más vulnerables y, por qué no decirlo, humanas de un hombre que, con el Premio Nobel, ha cimentado aún más su condición de leyenda viva de la literatura universal. *El pez en el agua* me ha permitido confirmar, en la vida de su autor, que la literatura es una vocación difícil para cualquiera, un camino largo que debemos recorrer calzándonos los zapatos de la persistencia y empuñando el banderín de la obstinación, como grandes patriotas de nuestra mayor convicción. Uno de mis rasgos favoritos de esta biografía ha sido la posibilidad de hallar, en varios casos, esa pequeña chispa que encendió la pólvora de la imaginación y detonó la explosión de palabras que conforman las mejores obras del novelista, demostrando que es cierto aquello que afirma que las grandes novelas surgen de vivencias que dejan una huella imborrable en nuestro ser, tanto así que escribir acerca de

ello es más una necesidad que un deseo. Por otro lado, estas páginas adquieren un elevado valor histórico, pues nos brindan, aunque subjetivamente (lo que es evidente cuando MVLI despotrica contra ciertos personajes que traicionaron su confianza), el retrato de años difíciles y decisiones que en su momento fueron vitales para el futuro de nuestro país.

Debido al estrecho vínculo que tengo con la educación, he encontrado en este libro anécdotas y pasajes que nos permiten comprender la nociva transformación que esta ha experimentado a lo largo de los años. Este ejercicio, desde mi punto de vista, y por lo que narra MVLI, ha perdido gran parte de su encanto y su misión se ha desfigurado hasta convertirse en una práctica puramente instrumental. La responsabilidad recae sobre ambos protagonistas, tanto alumnos como profesores. Vargas Llosa, desde su adolescencia, y con mayor intensidad en sus años como universitario, demostró un apetito voraz por el conocimiento; esa curiosidad que parece ya no existir en los jóvenes de hoy —salvo alentadoras excepciones—, usurpada por una apatía desalentadora hacia el aprendizaje, el estudio o la lectura. Los profesores, por su parte, han contraído, en su mayoría, la enfermedad de la desidia y la desmotivación. Han olvidado o, lo que es peor, no comprenden el papel crucial que cumplen dentro de una sociedad como la nuestra, que apunta hacia el desarrollo y la igualdad de oportunidades. No me refiero al maestro que se circunscribe al espacio físico del aula,

sino a aquel que, como lo fue el historiador Raúl Porras Barrenechea para Vargas Llosa, aparece como un maestro que convierte la educación en un acto de cariño y amistad, en una complicidad cimentada en el aprendizaje como el goce de compartir intereses, intercambiar ideas y entablar polémicas.

Lo fundamental de este testimonio, sin embargo, es la conclusión a la que nos permite llegar: El Perú es un país, como quedó demostrado en las elecciones que perdió Vargas Llosa y en las que vivimos actualmente, que mantiene una deuda con la mayoría de peruanos. No podemos rasgarnos las vestiduras y calificar al pueblo de ignorante por no elegir la opción “democrática” cuando el Perú no es más que una dictadura de la indiferencia, un país que aún no comprende, o así lo demuestra su clase política al menos, que el poder, la justicia y la riqueza no puede concentrarse exclusivamente en una región, sino que el tema de la descentralización es un punto vital y desatendido por años en la agenda de nuestros gobernantes. Solo un país que garantice la igualdad de condiciones para todos sus ciudadanos puede eliminar la enfermedad que siempre hemos arrastrado, esa incapacidad de conformar una identidad nacional férrea que nos impulse hacia el desarrollo. Hasta entonces, el resentimiento, sembrado en la sangre de los desatendidos como un grito que espera su oportunidad para sonar con fuerza, persistirá. Hoy ese grito ha sido depositado en las ánforas y el pueblo ha hablado; a ver si no es tarde para prestarles atención.